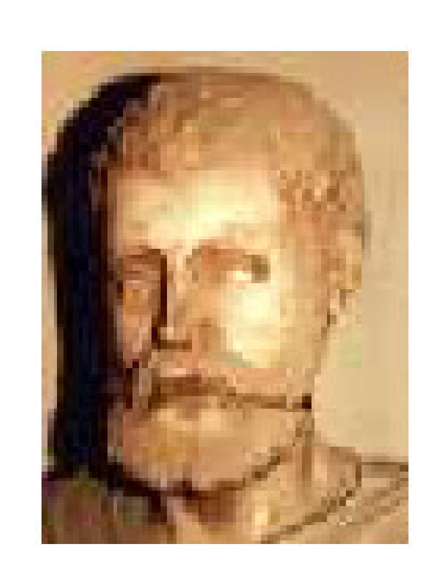
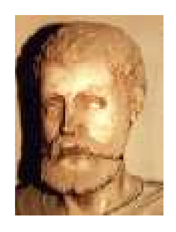
GARCILASO DE LA VEGA

SONETOS





GARCILASO DE LA VEGA

SONETOS

SONETO I

Cuando me paro a contemplar mi’stado y a ver los pasos por dó me han traído, hallo, según por do anduve perdido, que a mayor mal pudiera haber llegado; mas cuando del camino’stó olvidado, a tanto mal no sé por dó he venido; sé

que me acabo, y más he yo sentido ver acabar comigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte a quien sabrá perderme y acabarme si quisiere, y aún sabrá querello; que pues mi voluntad puede matarme, la suya, que no es tanto de mi parte, pudiendo, ¿qué hará sino hacello?

SONETO II

En fin a vuestras manos he venido, do sé que he de morir tan apretado que aun aliviar con quejas mi cuidado como remedio m'es ya defendido; mi vida no sé en qué s'ha sostenido si no es en haber sido yo guardado para que sólo en mí fuese probado cuánto corta una 'spada en un rendido.

Mis lágrimas han sido derramadas donde la sequedad y el aspereza dieron mal fruto dellas, y mi suerte:

¡basten las que por vos tengo lloradas; no os venguéis más de mí con mi flaqueza; allá os vengad, señora, con mi muerte!

SONETO III

La mar en medio y tierras he dejado de cuanto bien, cuitado, yo tenía; y yéndome alejando cada día, gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado; pienso remedios en mi fantasía, y el que más cierto espero es aquel día que acabará la vida y el cuidado.

De cualquier mal pudiera socorrerme con veros yo, señora, o esperallo, si esperallo pudiera sin perdello; mas de no veros ya para valerme, si no es morir, ningún remedio hallo, y si éste lo es, tampoco podré habello.

SONETO IV

Un rato se levanta mi esperanza, mas cansada d’haberse levantado, torna a caer, que deja, a mal mi grado, libre el lugar a la desconfianza.

¿Quién sufrirá tan áspera mudanza del bien al mal? Oh corazón cansado, esfuerza en la miseria de tu estado, que tras fortuna suele haber bonanza!

Yo mesmo emprenderé a fuerza de brazos romper un monte que otro no rompiera, de mil inconvenientes muy espeso; muerte, prisión no pueden, ni embarazos, quitarme de ir a veros como quiera, desnudo espirtu o hombre en carne y hueso.

SONETO V

Escrito’stá en mi alma vuestro gesto y cuanto yo escribir de vos deseo: vos sola lo escribistes; yo lo leo tan solo que aun de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto, que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo, de tanto bien lo que no entiendo creo, tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros; mi alma os ha cortado a su medida; por hábito del alma misma os quiero; cuanto tengo confieso yo deberos; por vos nací, por vos tengo la vida, por vos he de morir, y por vos muero.

SONETO VI

Por ásperos caminos he llegado a parte que de miedo no me muevo, y si a mudarme a dar un paso pruebo, allí por los cabellos soy tornado; mas tal estoy que con la muerte al lado busco de mi vivir consejo nuevo, y conozco el mejor y el peor apruebo, o por costumbre mala o por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mío y el errado proceso de mis años, en su primer principio y en su medio, mi inclinación, con quien ya no porfío, la cierta muerte, fin de tantos daños, me hacen descuidar de mi remedio.

SONETO VII

No pierda más quien ha tanto perdido; bástate, amor, lo que ha por mí pasado; válgame ora jamás haber probado a defenderme de lo que has querido.

Tu templo y sus paredes he vestido de mis mojadas ropas y adornado, como acontece a quien ha ya escapado libre de la tormenta en que se vido.

Yo habia jurado nunca más meterme, a poder mio y a mi consentimiento, en otro tal peligro como vano; mas del que viene no podré valerme, y en esto no voy contra el juramento, que ni es como los otros ni en mi mano.



















SONETO VIII

De aquella vista pura y excelente salen espirtus vivos y encendidos, y siendo por mis ojos recebidos, me pasan hasta donde el mal se siente; éntranse en el camino fácilmente por do los mios, de tal calor movidos, salen fuera de mí como perdidos, llamados d’aquel bien que ’stá presente.

Ausente, en la memoria la imagino; mis espirtus, pensando que la vían, se mueven y se encienden sin medida; mas no hallando fácil el camino, que los suyos entrando derretían, revientan por salir do no hay salida.







SONETO IX

Señora mia, si yo de vos ausente en esta vida turo y no me muero, paréceme que ofendo a lo que os quiero y al bien de

que gozaba en ser presente; tras éste luego siento otro acidente, qu’es ver que si de vida desespero, yo pierdo cuanto bien de vos espero, y ansí ando en lo que siento diferente.

En esta diferencia mis sentidos están, en vuestra ausencia, y en porfía; no sé ya qué hacerme en mal tamaño; nunca entre sí los veo sino reñidos; de tal arte pelean noche y día que sólo se conciertan en mi daño.



SONETO X

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas, dulces y alegres cuando Dios quería, juntas estáis en la memoria mía y con ella en mi muerte conjuradas!

¿Quién me dijera, cuando las pasadas horas qu’en tanto bien por vos me vía, que me habiades de ser en algún día con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes todo el bien que por términos me distes, llevâme junto el mal que me dejastes; si no, sospecharé que me pusistes en tantos bienes porque deseastes verme morir entre memorias tristes.

































SONETO XI

Hermosas ninfas, que en el rio metidas, contentas habitáis en las moradas de relucientes piedras fabricadas y en columnas de vidrio sostenidas, agora estéis labrando embebecidas o tejiendo las telas delicadas, agora unas con otras apartadas contándoos los amores y las vidas: dejad un rato la labor, alzando vuestras rubias cabezas a mirarme, y no os detendréis mucho según ando, que o no podréis de lástima escucharme, o convertido en agua aquí llorando, podréis allá despacio consolarme.













































SONETO XII

Si para refrenar este deseo loco, imposible, vano, temeroso, y guarecer de un mal tan peligroso, que es darme a entender yo lo que no creo, no me aprovecha verme cual me veo, o muy aventurado o muy medroso, en tanta confusión que nunca oso fiar el mal de mí que lo poseo,

¿qué me ha de aprovechar ver la pintura d’aquel que con las alas derretidas, cayendo, fama y nombre al mar ha dado, y la del que su fuego y su locura llora entre aquellas plantas conocidas, apenas en el agua resfrïado?

SONETO XIII

A Dafne ya los brazos le crecían y en luengos ramos vueltos se mostraban; en verdes hojas vi que se tornaban los cabellos qu’el oro escurecían; de áspera corteza se cubrían los tiernos miembros que aun bullendo

’staban;

los blancos pies en tierra se hincaban y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño, a fuerza de llorar, crecer hacía este árbol, que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado, oh mal tamaño, que con llorarla crezca cada día la causa y la razón por que lloraba!















SONETO XIV

Como la tierna madre –qu’el doliente hijo le está con lágrimas pidiendo alguna cosa de la cual comiendo sabe que ha de doblarse el mal que siente, y aquel piadoso amor no le consiente que considere el daño que, haciendo lo que le piden, hace– va corriendo y aplaca el llanto y dobla el accidente: así a mi enfermo y loco pensamiento, que en su daño os me pide, yo querría quitalle este mortal mantenimiento; mas pídemele y llora cada día tanto que cuanto quiere le consiento, olvidando su muerte y aun la mía.



















































SONETO XV

Si quejas y lamentos pueden tanto que enfrenaron el curso de los ríos y en los diversos montes y sombríos los árboles movieron con su canto; si convertieron a escuchar su llanto los fieros tigres y peñascos fríos; si, en fin, con menos casos que los míos bajaron a los reinos del espanto:

¿por qué no ablandará mi trabajosa vida, en miseria y lágrimas pasada, un corazón comigo endurecido?

Con más piedad debria ser escuchada la voz del que se llora por perdido que la del que perdió y llora otra cosa.



SONETO XVI

PARA LA SEPULTURA DE

DON HERNANDO DE GUZMÁN

No las francesas armas odïosas, en contra puestas del airado pecho, ni en los guardados muros con pertrecho los tiros y saetas ponzoñosas; no las escaramuzas peligrosas, ni aquel fiero rüido contrahecho d’aquel que para Júpiter fue hecho por manos de Vulcano artificiosas, pudieron, aunque más yo me ofrecía a los peligros de la dura guerra, quitar una hora sola de mi hado; mas infición de aire en solo un día me quitó al mundo y m’ha en ti sepultado, Parténope, tan lejos de mi tierra.

















SONETO XVII

Pensando qu'el camino iba derecho, vine a parar en tanta desventura que imaginar no puedo, aun con locura, algo de que 'sté un rato satisfecho: el ancho campo me parece estrecho, la noche clara para mí es escura, la dulce compañía amarga y dura, y duro campo de batalla el lecho.

Del sueño, si hay alguno, aquella parte sola qu'es ser imagen de la muerte se aviene con el alma fatigada.

En fin que, como quiera, 'stoy de arte que juzgo ya por hora menos fuerte, aunque en ella me vi, la que es pasada.



SONETO XVIII

Si a vuestra voluntad yo soy de cera y por sol tengo solo vuestra vista, la cual a quien no inflama o no conquista con su mirar es de sentido fuera,

¿de dó viene una cosa que, si fuera menos veces de mí probada y vista, según parece que a razón resista, a mi sentido mismo no creyera?

Y es que yo soy de lejos inflamado de vuestra ardiente vista y encendido tanto que en vida me sostengo apenas; mas si de cerca soy acometido de vuestros ojos, luego siento helado cuajárseme la sangre por las venas.

SONETO XIX

Julio, después que me partí llorando de quien jamás mi pensamiento parte y dejé de mi alma aquella parte que al cuerpo vida y fuerza ’staba dando, de mi bien a mí mismo voy tomando estrecha cuenta, y siento de tal arte faltarme todo’l bien que temo en parte que ha de faltarme el aire sospirando.

Y con este temor mi lengua prueba a razonar con vos, oh dulce amigo, del amarga memoria d’aquel día en que yo comencé como testigo a poder dar, del alma vuestra, nueva y a sabella de vos del alma mía.

SONETO XX

Con tal fuerza y vigor son concertados para mi perdición los duros vientos que cortaron mis tiernos pensamientos luego que sobre mí fueron mostrados.

El mal es que me quedan los cuidados en salvo destos acontecimientos, que son duros y tienen fundamientos en todos mis sentidos bien echados.

Aunque por otra parte no me duelo, ya qu'el bien me dejó con su partida, del grave mal que en mí está de contino; antes con él me abrazo y me consuelo, porque en proceso de tan dura vida ataje la largueza del camino.

























SONETO XXI

Clarísimo marqués, en quien derrama el cielo cuanto bien conoce el mundo, si al gran valor en qu’el sujeto fundo y al claro resplandor de vuestra llama arribare mi pluma y do la llama la voz de vuestro nombre alto y profundo, seréis vos solo eterno y sin segundo, y por vos inmortal quien tanto os ama.

Cuanto del largo cielo se desea, cuanto sobre la tierra se procura, todo se halla en vos de parte a parte; y, en fin, de solo vos formó natura una estraña y no vista al mundo idea y hizo igual al pensamiento el arte.

SONETO XXII

Con ansia estrema de mirar qué tiene vuestro pecho escondido allá en su centro y ver si a lo de fuera lo de dentro en aparencia y ser igual conviene, en él puse la vista, mas detiene de vuestra hermosura el duro encuentro mis ojos, y no pasan tan adentro que miren lo qu’el alma en si contiene.

Y así se quedan tristes en la puerta hecha, por mi dolor, con esa mano, que aun a su mismo pecho no perdona; donde vi claro mi esperanza muerta y el golpe, que en vos hizo amor en vano, non esservi passato oltra la gona.



















SONETO XXIII

En tanto que de rosa y d’azucena se muestra la color en vuestro gesto, y que vuestro mirar ardiente, honesto, con clara luz la tempestad serena; y en tanto que’l cabello, que’n la vena del oro s’escogió, con vuelo presto por el hermoso cuello blanco, enhiesto, el viento mueve, esparce y desordena: coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto antes que’l tiempo airado cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado, todo lo mudará la edad ligera por no hacer mudanza en su costumbre.











































SONETO XXIV

Ilustre honor del nombre de Cardona, décima moradora de Parnaso, a Tansillo, a Minturno, al culto Taso sujeto noble de imortal corona: si en medio del camino no abandona la fuerza y el espirtu a vuestro Laso, por vos me llevará mi osado paso a la cumbre difícil d'Elicona.

Podré llevar entonces sin trabajo, con dulce son qu'el curso al agua enfrena, por un camino hasta agora enjuto, el patrio, celebrado y rico Tajo, que del valor de su luciente arena a vuestro nombre pague el gran tributo.

SONETO XXV

¡Oh hado secutivo en mis dolores, cómo sentí tus leyes rigurosas!

Cortaste'l árbol con manos dañosas y esparciste por tierra fruta y flores, En poco espacio yacen los amores, y toda la esperanza de mis cosas, tornados en cenizas desdeñosas y sordas a mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura se vierten hoy en día y se vertieron recibe, aunque sin fruto allá te sean, hasta que aquella eterna noche escura me cierre aquestos ojos que te vieron, dejándome con otros que te vean.





















SONETO XXVI

Echado está por tierra el fundamento que mi vivir cansado sostenía.

¡Oh cuánto bien s'acaba en solo un día!

¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento cuando se ocupa en bien de cosa mía!

A mi esperanza, así como a baldía, mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto con tal furor, con una fuerza nueva, que un monte puesto encima rompería.

Aquéste es el deseo que me lleva a que desee tornar a ver un día a quien fuera mejor nunca haber visto.

SONETO XXVII

Amor, amor, un hábito vestí el cual de vuestro paño fue cortado; al vestir ancho fue, mas apretado y estrecho cuando estuvo sobre mí.

Después acá de lo que consentí, tal arrepentimiento m'ha tomado que pruebo alguna vez, de congojado, a romper esto en que yo me metí; mas ¿quién podrá deste hábito librarse, teniendo tan contraria su natura que con él ha venido a conformarse?

Si alguna parte queda, por ventura, de mi razón, por mí no osa mostrarse, que en tal contradición no está segura.























SONETO XXVIII

Boscán, vengado estáis, con mengua mía, de mi rigor pasado y mi aspereza, con que reprehenderos la terneza de vuestro blando corazón solía; agora me castigo cada día de tal selvatiquez y tal torpeza, mas es a tiempo que de mi bajeza correrme y castigarme bien podría.

Sabed qu’en mi perfeta edad y armado, con mis ojos abiertos, m’he rendido al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido nunca fue corazón; si preguntado soy lo demás, en lo demás soy mudo.































SONETO XXIX

Pasando el mar Leandro el animoso, en amoroso fuego todo ardiendo, esforzó el viento, y fuése embraveciendo el agua con un ímpetu furioso.

Vencido del trabajo presuroso, contrastar a las ondas no pudiendo, y más del bien que allí perdía muriendo que de su propia vida congojoso, como pudo, ’sforzó su voz cansada y a las ondas habló d’esta manera, mas nunca fue su voz dellas oída:

"Ondas, pues no se escusa que yo muera, dejadme allá llegar, y a la tornada vuestro furor esecutá en mi vida."

SONETO XXX

Sospechas que, en mi triste fantasía puestas, hacéis la guerra a mi sentido, volviendo y revolviendo el afligido pecho con dura mano noche y día: ya se acabó la resistencia mía y la fuerza del alma; ya rendido, vencer de vos me dejo, arrepentido de haberos contrastado en tal porfía.

Llevadme a aquel lugar tan espantable que, por no ver mi muerte allí esculpida, cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida no es tan larga defensa al miserable: colgad en vuestro carro mis despojos.



SONETO XXXI

Dentro en mi alma fue de mí engendrado un dulce amor, y de mi sentimiento tan aprobado fue su nacimiento como de un solo hijo deseado; mas luego d’él nació quien ha estragado del todo el amoroso pensamiento; en áspero rigor y en gran tormento los primeros deleites ha tornado.

¡Oh crudo nieto, que das vida al padre y matas al agüelo!, ¿por qué creces tan desconforme a aquél de que has nacido?

¡Oh celoso temor!, ¿a quién pareces?, que aun la invidia, tu propia y fiera madre, se espanta en ver el monstruo que ha

parido.















































SONETO XXXII

Mi lengua va por do el dolor la guía; ya yo con mi dolor sin guía camino; entrambos hemos de ir con puro tino; cada uno va a parar do no querría: yo porque voy sin otra compañía sino la que me hace el desatino; ella porque la lleve aquel que vino a hacella decir más que querría.

Y es para mí la ley tan desigual que aunque inocencia siempre en mi conoce, siempre yo pago el yerro ajeno y mío.

¿Qué culpa tengo yo del desvarío de mi lengua, si estoy en tanto mal que el sufrimiento ya me desconoce?

SONETO XXXIII

A BOSCÁN DESDE LA GOLETA

Boscán, las armas y el furor de Marte, que con su propria fuerza el africano suelo regando, hacen que el romano imperio reverdezca en esta parte, han reducido a la memoria el arte y el antiguo valor italïano, por cuya fuerza y valerosa mano África se aterró de parte a parte.

Aquí donde el romano encendimiento, donde el fuego y la llama licenciosa solo el nombre dejaron a Cartago, vuelve y revuelve amor mi pensamiento, hiere y enciende el alma temerosa, y en llanto y en ceniza me deshago.















SONETO XXXIV

Gracias al cielo doy que ya del cuello del todo el grave yugo he desasido, y que del viento el mar embravecido veré desde lo alto sin temello; veré colgada de un sutil cabello la vida del amante embebecido en error, en engaño adormecido, sordo a las voces que le avisan dello.

Alegraráme el mal de los mortales, y yo en aquesto no tan inhumano seré contra mi ser cuanto parece: alegraréme como hace el sano, no de ver a los otros en los males, sino de ver que dellos él carece.












SONETO XXXV

A MARIO, ESTANDO, SEGÚN

ALGUNOS DICEN,

HERIDO EN LA LENGUA Y EN EL

BRAZO

Mario, el ingrato amor, como testigo de mi fe pura y de mi gran firmeza, usando en mí su vil naturaleza, qu'es hacer más ofensa al más amigo, teniendo miedo que si escribo y digo su condición, abato su grandeza, no bastando su esfuerzo a su crüeza, ha esforzado la mano a mi enemigo; y ansí, en la parte que la diestra mano gobierna y en aquella que declara los concetos del alma, fui herido.

Mas yo haré que aquesta ofensa cara le cueste al ofensor, ya que estoy sano, libre, desesperado y ofendido.



SONETO XXXVI

Siento el dolor menguarme poco a poco, no porque ser le sienta más sencillo, mas fallece el sentir para sentillo, después que de sentillo estoy tan loco; ni en sello pienso que en locura toco, antes voy tan ufano con oíllo que no dejaré el sello y el sufrillo, que si dejo de sello, el seso apoco.

Todo me empece, el seso y la locura: prívame éste de sí por ser tan mío; mátame estotra por ser yo tan suyo.

Parecerá a la gente desvarío preciarme deste mal do me destruyo: yo lo tengo por única ventura.











SONETO XXXVII

A la entrada de un valle, en un desierto do nadie atravesaba ni se vía, vi que con estrañeza un can hacía estremos de dolor con desconcierto: ahora suelta el llanto al cielo abierto, ora va rastreando por la vía; camina, vuelve, para, y todavía quedaba desmayado como muerto.

Y fue que se apartó de su presencia su amo, y no le hallaba,
y esto siente: mirad hasta dó llega el mal de ausencia.

Movióme a compasión ver su accidente; díjele, lastimado:
"Ten paciencia, que yo alcanzo razón, y estoy ausente."

SONETO XXXVIII

Estoy contino en lágrimas bañado, rompiendo siempre el aire con sospiros, y más me duele el no osar deciros que he llegado por vos a tal estado; que viéndome do estoy y en lo que he andado

por el camino estrecho de seguiros, si me quiero tornar para hüiros, desmayo, viendo atrás lo que he dejado; y si quiero subir a la alta cumbre, a cada paso espántanme en la vía ejemplos tristes de los que han caído; sobre todo, me falta ya la lumbre de la esperanza, con que andar solía por la oscura región de vuestro olvido.





















SONETO XXXIX

¡Oh celos, de amor terrible freno qu’en un punto me vuelve y tiene fuerte; hermanos de crüel amarga muerte que, vista, turbas el cielo sereno!

¡Oh serpiente nacida en dulce seno de hermosas flores, mi esperanza es muerte: tras próspero comienzo, adversa suerte, tras süave manjar, recio veneno!

¿De cuál furia infernal acá saliste, oh crüel monstruo, oh peste de mortales, que tan tristes, crudos mis dias heciste?

Torna ya sin aumentar mis males; desdichado miedo, ¿a qué veniste?, que bien bastaba amor con sus pesares.





SONETO XL

El mal en mí ha hecho su cimiento y sobr'él de tal arte ha labrado que amuestra bien estar determinado de querer

para siempre este aposiento; trátame ansí que a mil habría muerto, mas yo para más mal estoy guardado; estó ya tal que todos me han dejado sino el dolor qu'en sí me tiene vuelto.

Ya todo mi ser se ha vuelto en dolor y ansí para siempre ha de turar, pues la muerte no viene a quien no es vivo; en tanto mal, turar es el mayor, y el mayor bien que tengo es el llorar:

¡cuál será el mal do el bien es el que digo!